

La rebeldía romántica: naturaleza y cultura en la prosa de F. Schiller

*Teresa Kwiatkowska-Szatzschneider**

*...todo se convierte en gran literatura
cuando está hecho con talento*

E. Renan

La época prerromántica y romántica de la cultura europea está marcada por cambios radicales en la percepción de la naturaleza. Se advierte un nuevo viraje: una cesura invisible llena el concepto de naturaleza de un sentido peculiar. La historia de la civilización había sido testigo de “la naturaleza mágica”, del “milagro griego”, de la “nueva naturaleza” renacentista, había visto

la natura mística y alquímica, también la naturaleza matemática de D’Alembert y la “Madre naturaleza” de Diderot. En este momento, en los campos de la teoría y de la historia de la cultura aparece un deseo de colmar la naturaleza con los atributos de una existencia completa y profunda, y de introducirla en una antinomia de incalculable importancia: la contradicción entre cultura y naturaleza.



Cabe aquí una advertencia: la percepción prerromántica o romántica de la naturaleza no consiste, ni por asomo, en una antropomorfización de los fenómenos naturales, más bien pretende conferirles el derecho a una vida propia, distinta y divergente.

En la medida en que los síntomas de la crisis del humanismo antropocéntrico empiezan a fastidiarnos, cuando nos agobian los valores omnipresentes de la eficacia, el poder y el control, renacen las ideas románticas de la pugna social y metafísica de la era industrial, con su rito de los bienes materiales y su ideal de ganancia y éxito económicos.

En estos momentos censuramos la división rigurosa de los roles sociales, negamos la autoridad, batallamos por la libertad de expresión y rechazamos la falta de transparencia en las relaciones sociales con el fin de sustituirlos por unos lazos íntimos y espontáneos entre todos los hombres. La ideología de la protesta resucita el "amor cósmico" de *Drung und Sturm*, la razón de los tecnócratas se confronta con el corazón de los rebeldes. La autenticidad se convierte en valor máximo. El agobio cultural se ve transformado en un culto a la naturaleza creativa, de un mundo visualmente evidente, y en la admiración del arte que se aproxima a los fenómenos naturales con toda su espontaneidad y primitivismo.

Los románticos se rebelaron contra la opresión, contra la dominación autoritaria de las instituciones políticas y sociales, contra el poderío adormecedor de la religión.

El rechazo de los marcos rígidos de la sociedad tecnocrática y consumista y de la compulsión social, la apología de un estado natural y de la inocencia del "buen salvaje", el elogio de lo emocional sobre

la razón, más un deseo de trascender y compenetrarse con el absoluto inenarrable y último, distinguen el ánimo del periodo histórico llamado romanticismo, una suma de las preguntas dramáticas irrefutables que subsisten en la conciencia europea.

Se opina, con mucha razón, que el movimiento romántico creó una pauta inconfundible de las relaciones hombre-naturaleza que últimamente cobra una nueva trascendencia y que debería ser reintegrada, con un esfuerzo consciente, en nuestra vida espiritual.

El hombre arrinconado en el mundo de los peligros disparados por sí mismos, que amenazan su integridad y su esencia intrínseca, busca una pausa a las presiones que originan los espacios extensos del concreto donde faltan aire y áreas verdes, sobran humo, ruidos y habitantes.

Infaliblemente, el hombre necesita intermediarios entre su personalidad infinitamente pequeña y la realidad global de la colectividad. Necesita el arte, los símbolos, lo "otro", se necesita a sí mismo y necesita a la naturaleza. Necesita refugiarse en su privacidad y al mismo tiempo relacionarse con los demás, pero más que nada necesita una relación sustancial con la naturaleza. En la coexistencia con otros compensamos nuestra propia identidad, nuestro "yo"; la intimidad con la naturaleza llena nuestra conciencia de un sentido de la participación en la totalidad cósmica de la que formamos parte. Al parecer, el romanticismo comprendió esta dialéctica de la unión y del individualismo en una forma exquisita y resolvió con hermosura el dilema de las conexiones entre el ser humano y el mundo natural.

El hombre debe ser libre, su creatividad aborrece las reglas y no puede reducirse a los principios ge-

nerales. Basta decir que la libertad máxima se idea en el futuro; no obstante, no hay que proyectar el porvenir para no aprisionarlo en nuestras limitaciones: hay que devolverle la complejidad y la personalidad, la autonomía y el sentido de la unión con la totalidad. La filosofía romántica de la naturaleza defendió conjuntamente esta independencia del individuo y la autonomía de la naturaleza convertida arbitrariamente en un artificio cultural.

ENTRE LO NUEVO Y LO PASADO

*El romanticismo es la rebelión
de la flor contra sus raíces.
St. Brzozowski*

*Me presentas una serie de los vivos y me
hagas reconocer a mis hermanos en el
arbusto, en el aire y en las aguas.
Goethe*

A partir del siglo xvii la confianza en la capacidad inagotable de la razón se incrementa notablemente, y se crea de ese modo la ilusión del poder gradual y progresivo del hombre sobre la naturaleza, mediante la exploración metódica del conocimiento. La nueva naturaleza del mundo mecánico cartesiano redujo el universo a una reserva de objetos para los fines del hombre y distanció el ser espiritual de los hechos naturales. Por consiguiente, de la diferenciación entre lo mecánico y lo vital emergió un hombre solitario con su insaciable deseo de libertad ilimitada, progreso y dominación, el cual, sirviéndose de los avances científico-tecnológicos, empezó a luchar contra el mundo

orgánico inferior, con el fin de sojuzgar el universo de las reglas estructurales fijas y acabadas. El sujeto pensante sometió, según las palabras de Coleridge, “los diversos fenómenos de los cuerpos en movimiento a una construcción matemática”, y la vida de las demás criaturas vivientes a las reglas mecánicas, como si fueran “...un reloj, que sólo está compuesto de ruedas y resortes, puede contar las horas y medir el tiempo...”¹

La rigurosa separación, en un sentido ontológico, entre la naturaleza y el espíritu resaltó de igual forma la dualidad del concepto mismo de naturaleza, entre el mundo evidente y las fuerzas, perceptibles sólo por la mente, que conjeturamos formaron el mundo.

De modo similar, el mecanicismo del siglo xvii despidió toda la mística, la superstición y la ilusión del clasicismo y del Medioevo. Hobbes sugiere en *Leviathan* que únicamente la ignorancia “de cómo distinguir los sueños y otras fantasías intensas de la visión y del sentido”, dio fuerza a “los sátiros, los faunos, las ninfas y otras cosas parecidas” (*Leviathan*, cap. 2). Esta gran maquinaria de la naturaleza carecía de alma y de sustancias o impresiones puramente subjetivas como luz, color, fragancia o sonido. Era un sistema preciso, básicamente inmutable, cuyo destino podía deducirse de las causas identificables. “El siglo xvii —escribió Whitehead— había producido finalmente un esquema de pensamiento forjado por matemáticos, para el uso de las matemáticas... El enorme éxito de las abstracciones científicas... ha endosado subrepticamente a la filosofía la tarea de aceptarlas como la más concreta expresión de los hechos.”²

La naturaleza se elogiaba ya no tanto por su belleza, sino por su armonía eterna, su potencia creativa y la consistencia de sus leyes. En el sentido cósmico la caracterizaban la simplicidad, la uniformidad y la regularidad.

Aquí hay que reconocer la existencia de una multiplicidad de significados en los conceptos que expresaban diferentes fenómenos y propiedades de la naturaleza. En la primera mitad del siglo xvii predominaron las deducciones clásicas a partir de las leyes de la razón, más tarde el racionalismo "...volvió de nuevo a los encantos visibles de la naturaleza, al color, a la diversidad y a la eterna novedad de la naturaleza que tanto admiraban los prerrománticos."³

A pesar de esta variedad, el estrecho mundo racionalista, apegado al espíritu geométrico, o bien al empirismo de Locke, sometió la vida a la razón rebajándola y mecanizándola. Ha reducido la diversidad universal a una imagen del jardín inglés con pastos podados, arbustos arreglados en perfectas formas geométricas, regular y totalmente intelectualizado. Aquella visión del universo gozó de una serie de cualidades como armonía, equilibrio y perfección fácilmente identificables por la mente humana"... Así lo creyeron muchos científicos y filósofos de la época posnewtoniana. "Conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de los demás cuerpos que nos rodean, [...] podríamos emplearlos de manera semejante en todos los usos para los que son apropiados y convertirnos así en dueños y señores de la naturaleza" --aseguró Descartes-. "Siendo el único habitante de la tierra con capacidad de discernimiento

--escribió Kant--, corresponde al hombre el título del señor de la naturaleza, que concebida como sistema teleológico, lo ha de tener por su fin último."

Spinoza, cuyas ideas inspiraron la mística romántica posterior, descartó la creencia trivial en la preeminencia cósmica del hombre, en un "imperio en otro imperio"; su panteísmo espiritual mostró que la naturaleza era divina, y como tal, dotada de un valor intrínseco; y el hombre, lejos de ser un dueño y señor, sólo constituyó una parte íntima de ella. "Es imposible --afirmó-- que el hombre no sea una parte de la Naturaleza... [...] somos una parte de la Naturaleza entera cuyo orden seguimos." Además, "...la Naturaleza no tiene fin alguno prescrito a ella y [...] todas las causas finales sólo son ficciones de los hombres..."⁴

Como reacción ante el abismo que se abrió entre el mundo natural y el humano, en rebeldía contra la cuantificación de todas las cosas, en el umbral del siglo xix emergió la romántica utopía de la naturaleza, un deseo intrépido de redimir la afinidad originaria entre hombre y universo, vivificar la preponderancia de la naturaleza y penetrar la unión de todo lo creado.

Los románticos elogiaban la individualidad pero silenciaban el antropocentrismo con su anhelo de aislar las formas culturales de las condiciones naturales y de objetivar esas últimas, ya que defendieron la *natura naturans*, cuyas leyes deben respetarse. Mostraron una relativa indiferencia hacia la forma, total indiferencia hacia las reglas rigurosas, e impugnaron la búsqueda de las pautas ideales de la naturaleza. En ella los románticos buscaron un refugio de los convencionalismos, el esquema, el artifi-

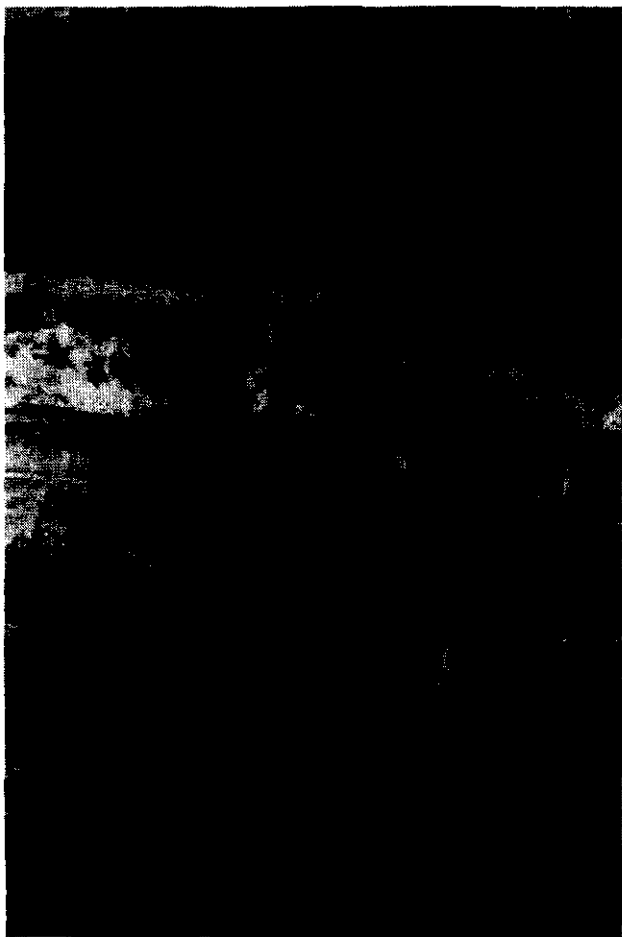
cio, el orden y las normas. El romanticismo es una preferencia por la realidad vital, dinámica y pintoresca. En la imaginación poética de Goethe renace la concepción unitaria y viviente de una naturaleza, insondable, animada, divina. "Oh, Naturaleza! Estamos rodeados y abrazados por ella, incapaces de ale-

jarnos de ella e incapaces de adentrarnos más. Vivimos en medio de ella y le somos, sin embargo, extraños. Habla sin cesar con nosotros y no nos revela su secreto. Actuamos constantemente sobre ella y no tenemos, sin embargo, poder alguno sobre ella." —escribió autor de *Fausto*. "Ella es como la belleza reposada y tranquila que no atrae la atención con signos estridentes, que no seduce a ojos vulgares", expresó Schelling entrelazando la naturaleza orgánica con la inorgánica en la universalidad unida por la sensación primordial de la vida. Los románticos habían descubierto, según las palabras de Arthur O. Lovejoy, "el valor intrínseco de la diversidad" o "la totalidad y la vida", como lo expresó Friedrich von Schlegel. Habían descubierto lo sensible y lo trascendental, la realidad y el sueño, lo sublime y lo grotesco.

Ciertamente los románticos ya no creerán que una suma de hechos debidamente comprobados conduzca al saber supremo; pero conservarán la esperanza de un conocimiento absoluto, que para ellos representará algo más y mejor que un simple 'saber': un 'poder' ilimitado, el instrumento mágico de una conquista y aun de una redención de la naturaleza.⁵

El misterio y la imaginación invadieron el lugar de la certeza racionalista que ambicionaba el poder ulterior del hombre sobre la naturaleza explorada por el intelecto soberano.

El hombre inspirado por "la unidad originaria de la esencia de la naturaleza y la del alma..." se elevó sobre el triunfante cientificismo para recuperar el encanto de la concordia con el universo. "Existimos



como partes del mundo”, resumió Herder, evocando la idea spinoziana de la identidad del hombre y de la natura,

...ninguno de nosotros constituye un universo aislado. Somos seres humanos concebidos en el vientre de una madre, y cuando entramos en un mundo mayor, en seguida nos encontramos ligados por mil lazos de nuestros sentidos, de nuestras necesidades y nuestros impulsos, a un universo del que ninguna razón especulativa quiere separarse. Sin este universo al que pertenecemos, nada en nosotros es aplicable o explicable: nosotros mismos sólo existimos como eslabones de una gran cadena, sin la cual no existirían nuestra razón ni nuestro entendimiento. Sólo existimos como algo especial dentro de lo universal.⁶

No sólo la naturaleza y el espíritu son de una misma esencia, ya que se derivan de la sustancia única sino que la desintegración del alma humana declina la naturaleza misma.

“En el mundo vemos doquier pruebas evidentes de una unidad, que las partes componentes están muy lejos de explicar” —escribió Coleridge.

Apenas hoy empezamos a reconocer el lenguaje secreto del universo natural, su espíritu y su sentido inconfundible. El mundo recóndito de las plantas todavía no revela sus misterios, su concepto mismo es inescrutable, pero indudablemente existe bajo alguna forma. Fueron los románticos quienes ambicionaron penetrar el código secreto de la naturaleza, romper sus límites y comprender el movimiento incesante de la vida. “Nacía una nueva era del pensamiento, y como siempre, los poe-

tas se adelantaron a la experiencia de los filósofos”, anotó A. Béguin.⁷

Cuando se desmoronó la relación íntima entre el hombre y el universo natural, aquella ruptura originó una añoranza ingenua por “la vida pastoril en el más bello clima del mundo, donde la naturaleza satisface espontáneamente las necesidades del hombre” (Herder). La disyuntiva sustancial del romanticismo, la controversia entre la cultura y la naturaleza, entre la civilización de artefactos y una auténtica espontaneidad, entre formalismo y magia, concluyó en una victoria del sentimiento sobre la medida, la certeza y la ley, en el predominio del espíritu sobre las formas y fórmulas, en el triunfo del alma poética. La esencia romántica trascendió la superficie de las cosas en la alabanza de la belleza del mundo natural y en el reconocimiento de una naturaleza cuya riqueza es inagotable.

El hombre del siglo XVIII vivía con la creencia en el mundo que nos muestra la ciencia: un mecanismo perfecto y sabiamente regulado. La racionalidad clásica que pretendió encerrar todo: vida, ciencia, poesía, arte y política en los límites del ratio, oscureció, con las categorías de la armonía absoluta y transcendente, cualquier manifestación de vida individual: las pasiones, los sentimientos, la injusticia y la destrucción del hombre y de la naturaleza. La pugna entre la imagen fría, rígida e inflexible del universo mecánico y la del sistema místico e idealista se manifestó en las angustias del hombre atormentado por la dualidad conflictiva entre la dimensión racional y la irracional. “No sabes hasta qué punto se siente yerma y desazonada mi alma. Ni sabrás nunca qué es lo que mina las energías de mi espíritu” —escribió Schiller.

Este dualismo desesperante entre el hombre y la naturaleza constituye uno de los dilemas trascendentales de la cultura contemporánea. El texto de F. Schiller "Sobre poesía ingenua y poesía sentimental", una cesura entre espíritu moderno e ideas remotas, habla justamente sobre aquella antinomia que persigue al hombre desde la desavenencia de la simbiosis mística.

Desde luego, ésta es una de las grandes obras del pensamiento europeo, que ilumina nuestra conciencia al bosquejar los horizontes de la época. Aun más, es un triunfo indiscutible del filósofo y del poeta, quien diseñó su ideal de la "humanidad bella" tan minuciosamente, que cada paso posterior solamente puede estropearlo. En su fantasía Schiller creó un mundo nuevo que revela el sentido misterioso de la naturaleza, a la cual contempla más como un escenario para la peregrinación espiritual del hombre que como un campo para el ejercicio del poder humano.

El espíritu de la Revolución francesa pulula en este ensayo, escrito en 1795, en el cual sólo se evoca a la razón para trasgredir sus cánones y alcanzar una creatividad libre de reglas y un ideal de la unión entre naturaleza y espíritu, entre lo humano y lo divino.

SUEÑO DE LA CONCORDIA

Cuando los hombres olvidaron su afinidad con las fuerzas naturales y la armonía sensual primitiva, original, fue sustituida por la contradicción: cultura- naturaleza, apareció un refinamiento, un sentimentalismo ingenuo que ha llevado a una exaltación del colorido folklórico y de la vida arcádica.

Así como la naturaleza fue poco a poco desapareciendo de la vida humana en cuanto *experiencia* y en cuanto *sujeto* (que obra y siente), así la vemos surgir en el mundo de los poetas como *idea* y como *objeto*. El pueblo que más lejos llevó lo antinatural y la reflexión sobre lo antinatural tenía que adelantarse también en ser el que con más fuerza sintiera el fenómeno de lo ingenuo, y el que le pusiera nombre. Y fueron, por lo que se me alcanza, los franceses.⁸

Ambas culturas: la refinada de los salones de la corte francesa, y la revolucionaria, se alejaron de la naturaleza: una por la corrupción moral y estética, más indigna por su raíz cultural, y otra por la tiranía de la razón sutil, que sujetó el universo irracional de la naturaleza a los fines del hombre.

En definitiva, el divorcio entre el hombre y el mundo natural se percibe en la conmoción de aquél al ver las plantas, los animales, minerales, paisajes, niños, costumbres primitivas y campesinas, a veces incluso ante las creaciones de la antigüedad remota: "La naturaleza [...] no radica en otra cosa que en ser espontáneamente, en subsistir las cosas por sí mismas, en existir según leyes propias e invariables."⁹ La naturaleza no está dotada de un valor intrínseco, no es un bien en sí, es un objeto o una idea que nos atrae.

¿Pues qué tendría por sí misma de tan agradable una insignificante flor, una fuente, una piedra cubierta de musgo, el piar de los pájaros, el zumbido de las abejas...? ¿Qué es lo que podría hacerlos dignos de nuestro amor? No son los objetos mismos, es una idea representada por los objetos lo que amamos en ellos.

Amamos en ellos la serena vida creadora, el silencioso obrar por sí solo, la existencia según leyes propias, la necesidad interior, la unidad eterna consigo misma.

La naturaleza calma nuestra nostalgia por la unidad perdida. Nada revela mejor la relación entre la "antropología de la tragedia" (inspirada por la reflexión kantiana) de Schiller y su concepto de naturaleza como un paraíso perdido. El pensamiento del poeta oscila entre la "tragedia" y el "idilio", entre una visión del hombre atormentado por la infranqueable barrera de la dualidad y otra de la unidad recuperada. El recuerdo de la simbiosis feliz del comienzo profundiza la añoranza por la concordia originaria. "Si se recuerda el hermoso paisaje que rodeaba a los antiguos griegos; si se piensa en qué intimidad con la libre naturaleza vivía este pueblo bajo su cielo feliz [...] Acorde consigo mismo y feliz en el sentimiento de su humanidad..." Nosotros, en cambio, presos en un mundo de artefactos culturales, de reglas arbitrarias y artificiales, de lazos sociales falsos y artificiales, vivimos "discordes con nuestro propio ser y desdichados en nuestras experiencias de la humanidad..."¹⁰

Para Schiller la tendencia de contraponer la razón y la ética a la determinación natural de la conducta humana comienza "cuando el hombre ha entrado en la etapa de la cultura", cuando quedó abolida "aquella su armonía sensorial y sólo le resta expresarse como unidad moral, es decir, como ser que anhela la unidad".

Sin embargo, la humanidad ya no puede volver a aquella naturaleza y borrar del alma su odisea hacia los logros culturales "...como el fin último de la hu-

manidad no puede alcanzarse sino mediante este progreso, y como el hombre en estado natural no puede progresar de otro modo que cultivándose y pasando por consiguiente al otro estado, no puede haber duda sobre a cuál de los dos, en consideración a ese fin último, corresponde la preferencia."¹¹

Al parecer, Schiller es, por su fe en el progreso, hijo del siglo XVIII; sin embargo, no da al concepto el mismo sentido que los ilustrados. El hombre progresa para alcanzar el ideal, la perfección dentro de su propia índole, para aproximarse a la unidad, lograr la armonía entre el universo moral y el mundo físico con el fin de alcanzar la dicha, la perfección y la libertad de su existencia.

El pecado original lo separó de la naturaleza, pero puede redimirse y volver de nuevo al paraíso primitivo, al descender a sí mismo, realizar su propia reintegración espiritual para restituir la unidad con la *natura naturata* y con Dios, su creador. "Sólo el hombre, artesano de la caída, puede ser el obrero de la reconciliación, el salvador de la naturaleza".¹²

Nuestro espíritu debe comprenderse a sí mismo, captar la esencia integral de la cultura en vez de evocar un patético estado de "buen salvaje" y anhelar la "inespiritual monotonía del estado primitivo", una simple vida pastoril, "antes del comienzo de la cultura", al estilo de Rousseau. En vano se buscará en el pensamiento del poeta el sentimentalismo banal o la nostalgia por el idilio arcádico. Schiller busca la reintegración del hombre con la naturaleza en la superación de la categorización cartesiana, en la unión de la razón y del espíritu, en "bella armonía entre el sentir y el pensar". Suplica con una compasión moral a los hombres aturdidos por esta dualidad irresoluta:



No temas la perturbación fuera de ti, pero témla dentro de ti mismo; aspira a la unidad, pero no la busques en la monotonía; aspira al sosiego, pero por el equilibrio, no por paralización de tu actividad. Aquella naturaleza que envidias al irracional no es digna de respeto, de anhelo ninguno. Está detrás de ti, debe quedar eternamente detrás de ti. Privado de la escala que te sostenía, no te queda ahora otra alternativa que aferrarte a la ley con libre conciencia y voluntad o caer sin salvación en un precipicio insondable.¹³

Los inconvenientes de la cultura, el descontento con la realidad social, con su anarquía moral, su

arbitrariedad y su desorden, no deben ocasionar angustia por la “dicha perdida” sino una censura de las condiciones “con alegre ánimo”.

En efecto, Schiller une el análisis de la cultura con una tendencia progresiva hacia los ideales del porvenir que incorpora todas las épocas anteriores del desarrollo civilizatorio y las supera en una nueva síntesis de la libertad, del derecho, de la naturaleza y la cultura, de la creatividad libre y la norma. Denuncia la predilección por “una ficción bella y conmovedora” de la vida pastoril dulce y primitiva, que carece de valor constructivo, que “sólo puede curar el ánimo enfermo, no alimentar el sano...” Regresar

es suprimir el saber, disminuir las posibilidades de la vida que se dan dentro de nosotros mismos, desviarse de la trayectoria progresiva del espíritu. “Nosotros somos libres, y ellos (hombres y cosas ingenuas) determinados; nosotros variamos, ellos permanecen idénticos.” El pasado sencillo y feliz es una etapa en el camino histórico a la que hay que renunciar para alcanzar las proyecciones del futuro y un nivel ético superior que se deriva, a su vez, del reconocimiento de la indestructible libertad humana, la libertad interior. “Todos los pueblos que tienen historia tienen un paraíso, un estado de inocencia, una edad de oro; incluso cada hombre tiene un paraíso, su edad de oro, que él recuerda con más o menos fervor según el grado en que entre en su carácter el elemento poético.”¹⁴ La contemplación de la infancia de la humanidad debe ceder su lugar al proyecto de una sociedad que “sin poner trabas al desarrollo del carácter moral, sea más bien la garantía de esa invisible moralidad.”

Cuán bello, oh hombre, te alzas al declinar el siglo
 Empeñando el ramo de palma
 Con noble y orgullosa hombría,
 Los sentidos despiertos, el espíritu pleno
 Con dulce gravedad y callada energía,
 Como el hijo maduro de los tiempos,
 Libre por la razón y fuerte por la ley...

La idea diesiochesca del progreso continuo alcanza en la prosa schilleriana una categoría de la reconciliación de lo sensible con lo espiritual para realizar la concordancia de las dos naturalezas como una condición previa para la creación de una “humani-

dad bella”. No le bastó a Schiller expresar los sentimientos que experimenta el hombre frente a la naturaleza, ni establecer una estrecha conexión entre el universo cultural y la natura. Convirtió su poesía en símbolo y en expresión del avance hacia la dicha, la perfección y el amor como principios del universo moral. El poeta, quien tenía como ideal el Estado “estético”, aquél en el cual la hermosura rigiera los destinos de la humanidad, confirió una singular importancia al aspecto moral. Soñaba con una futura edad de oro, con una cultura moral que se estableciera en el planeta cuando el arte preparara el advenimiento de la verdad y de la libertad. Schiller supo buscar en lo profundo de nuestra esencia las ideas que existen siempre en la razón, pero que se desenvuelven en los hombres solamente gracias al esfuerzo del espíritu.

Al principio del ensayo sobre *Poesía ingenua y sentimental*, Schiller revela los motivos de una atracción irremediable, oculta en los fenómenos naturales: “Son lo que fuimos; son lo que debemos volver a ser. Hemos sido naturaleza, y nuestra cultura debe volvernos, por el camino de la razón y de la libertad, a la naturaleza.” El hombre, lejos de ser un extraño quebrantador del ritmo atemporal de la armonía universal, es una parte moral, intrínseca de la naturaleza. La reflexión del poeta refleja una revaloración de la razón, cuya comunión con la naturaleza devolverá al hombre el sentido de vivir en un mundo de creatividad y devenir. En el ideal schilleriano de la unión entre naturaleza y espíritu, entre el sentir y el pensar, hay una predilección por los motivos morales, únicos capaces de reintegrar al ser humano en la unidad cósmica. “Cuando el hombre ha entrado

en la etapa de la cultura, y el arte ha puesto la mano sobre él, queda abolida aquella su armonía sensorial y sólo le resta expresarse como unidad moral, es decir, como ser que anhela la unidad".¹⁵ Aquí la moral representa el camino de retorno al paraíso perdido de la felicidad y la perfección. Las consecuencias de la Revolución originan la lección de que el hombre necesita alcanzar la madurez moral antes de desenvolverse en el estado racional. El progreso tiene una orientación y permite creer que la vida aspira a la unión moral con la naturaleza.

El rector en la búsqueda de la conciliación del mundo cultural con el sensible será el poeta cuyo genio, por su libertad y humanidad, le permite trascender los límites de la realidad y superar el dualismo. "Esta ruta que siguen los poetas modernos es [...] la misma que el hombre debe tomar siempre, tanto en lo particular como en lo general. La naturaleza lo pone de acuerdo consigo mismo; el arte lo desgarrar; por el ideal vuelve a la unidad."¹⁶ La creatividad del poeta cuya capacidad imaginativa se aproxima a la potencia divina, brinda las formas que deleitan y enseñan. El poeta está movido por el espíritu eterno como si fuera un instrumento de aquellas fuerzas que rigen el universo y sustentan su armonía. "El poeta es un vidente, un visionario; llega a lo desconocido, encuentra lo nuevo. La poesía es lo real absoluto; su verdad es superior a la verdad histórica". Así resumió Bégúin el nuevo concepto que los románticos tenían de la poesía. En el acto poético los dos mundos: el natural y el cultural, logran integrarse en la totalidad universal.

En el pensamiento de Schiller, la platónica *ánima mundi* que inspira la vida en el conjunto cósmico

renace dentro de su concepto del arte. Entre el plano de la naturaleza y el plano de la cultura hay un lazo común. La naturaleza se asimila y representa en el arte, cuya perfección culmina en el encuentro del humano consigo mismo y en el proceso de su reintegración a la unidad universal. Es preciso que el hombre redescubra y cultive la memoria de sus orígenes primitivos, de la unidad universal, de la fuerza unitaria, y de la simpatía que une entre sí a las almas.

No nos vuelva a llevar la infancia para que comparemos con las más preciosas adquisiciones del entendimiento una quietud que no puede durar más de lo que dura el sopor de nuestras fuerzas espirituales; antes bien, avancemos hacia nuestra mayoría de edad para permitimos sentir la armonía superior que recompensa al que lucha y que hace feliz al que vence. Propóngase un idilio que convierta en realidad también aquella inocencia pastoril en hombres cultivados y en todas las circunstancias de la vida más activa y fogosa, del pensamiento más amplio, del arte más depurado y sutil, del más alto refinamiento social; un idilio, en suma, que guíe al hombre hasta el Elíseo, ya que no podemos volver a la Arcadia.¹⁷

El hombre, microcosmos que refleja la grandeza de los incidentes astrales, ya no puede regresar a la Arcadia de su infancia, debe conquistar el Elíseo, un paradero feliz de los héroes inmortales, "la recompensa al que lucha" y la felicidad al que vence.

Ésta es la nueva liberación: cuando el hombre trascienda las fronteras de la historia y derrote la preponderancia del tiempo y de la muerte, sin olvidar su esencia humana ni su sensualidad. Elíseo per-

sonifica una paradoja de la trascendencia del mundo subjetivo, una versión del paraíso cristiano secularizado y enriquecido con un ideal del ser humano divinizado. Sólo a través del hombre inserto en la totalidad cósmica encontraremos unidad y armonía universales.

A pesar de que el romanticismo, en busca de las relaciones completas y armónicas del hombre con el universo, va más allá de las concepciones antropocéntricas de la época, restituye y fortalece los poderes soberanos del ser humano. "El hombre es la punta, la corona de la evolución natural: debe comprender en sí cuanto le ha precedido, como el fruto comprende todas las partes anteriores de la planta. El hombre debe representar, en pequeño, el mundo entero", escribió Oken.¹⁸ El hombre debe encontrar en sí mismo el reflejo de la totalidad natural y en ella encontrar a Dios. El mundo romántico, al igual que Spinoza, quiso superar la dualidad cartesiana, sin perjudicar nuestro puesto privilegiado en el cosmos. El hombre alcanzará la nueva edad de oro y redimirá la unidad primitiva con el mundo natural sólo en el arte y con el arte "...debemos ser capaces de restablecer en nuestra naturaleza humana esa totalidad que la cultura ha destruido, mediante otra cultura (*Kunst*) más elevada", apuntó Schiller en *Cartas sobre la educación estética del hombre*.¹⁹ Sin profundizar en su concepción del arte, cabe mencionar que allí encuentra su expresión el ideal de la salvación del hombre de sí mismo, y en consecuencia la recuperación de sus poderes soberanos. Esta trayectoria singular del hombre no confirma su fortaleza, más bien la desintegración, la pérdida de identidad, el desgarramiento de la comunidad, de la armonía, y la

renuncia al carácter espontáneo de los lazos sociales, percibidos en el conjunto de la vida, en el ocaso del siglo XVIII.

Schiller deploró la lucha del hombre atormentado por tales angustias, incapaz de encontrarles solución por la debilidad de su naturaleza inclinada a la desesperanza.

Ligado eternamente a un único y minúsculo fragmento de todo, el hombre mismo evoluciona sólo como fragmento; no oye más que el sonido monótono de la rueda que hace funcionar; nunca desarrolla la armonía que lleva dentro de sí, y en lugar de imprimir a su naturaleza el carácter propio de la humanidad, el hombre se convierte en un reflejo de su oficio, de su ciencia.²⁰

Por consiguiente, encontrar la manera de vencer la apatía propia del hombre es para Schiller un problema que activa su imaginación poética. La tragedia del individuo destrozado por el dualismo metafísico de la materia y el espíritu, dividido entre la naturaleza afectiva, irracional y sencilla, y la razón enemistada, tiene que finalizar en la reconciliación de aquella antinomia; en la unidad personal y en la armonía de "sentirse como materia y saberse como espíritu".²¹

En la época moderna, la naturaleza (suma de las cosas naturales) simboliza a menudo la negación de la civilización y la personificación de los valores olvidados: la integridad y una auténtica comunidad humana. Por consiguiente, la relación con el mundo visible, evidente, y la causa, fuente y esencia de las cosas se convierten en un criterio antropológico que define la condición humana.

El hombre sigue las huellas del poeta, “que une juntamente por la pasión y por el conocimiento el vasto imperio de la sociedad humana...” (*Wordsworth*). En la reflexión de Schiller la estética adquirió la cualidad ética y la vocación del arte, la afirmación del encuentro de la conciencia de la libertad humana en la reintegración a la armonía universal.

En la idea misma de poeta está el ser siempre custodio de la naturaleza. Allí donde los poetas ya no puedan serlo del todo y hayan sentido en sí mismos el influjo destructor de las formas arbitrarias y artificiosas o han tenido al menos que luchar contra ellas, aparecerán como testigos y como vengadores de la naturaleza. Así pues, o *serán* naturaleza o *buscarán* la naturaleza perdida –consideró Schiller.

“Todo poeta, si lo es de verdad, pertenecerá [...] o bien a los *ingenuos*, o bien a los *sentimentales*.” Esta diferencia refleja la variación histórica de la unión o de la separación del hombre y la naturaleza. En la época del romanticismo el individuo dejó de formar parte de la comunidad social y de la natural, era un todo en sí y para sí, fundamentalmente opuesto a su comunidad y al mundo natural. “Nunca habían vivido hasta aquel momento los hombres tan extremadamente en oposición con las leyes de la Naturaleza...”²² Lógicamente, del singular sentimiento de admiración por el espíritu de la inocencia y de la felicidad en el mundo pasivo de la Arcadia, surgió la poesía pastoril como una fascinación por todo aquello que retaba a la modernidad. En el pensamiento de Schiller los conceptos de carácter ingenuo y de sentimental se unen para formar la utópica “humanidad bella”.

De los escritos del poeta emerge un hombre trágico y solitario, alejado del mundo y de la naturaleza, y que por la senda de la cultura, de la razón y de la libertad puede recuperar el paraíso perdido de la unidad cósmica. La armonía sensual primitiva con el mundo natural será sustituida por la unidad moral. “La naturaleza –escribió– nos traza, en el ámbito de su creación física, el camino que hemos de seguir en el ámbito moral.”

En la medida en que avanza el conocimiento y el hombre sabe lo que desea, ama, odia, ya no se asume como un ser independiente; se libera del aislamiento, de la existencia separada, en una comunión con la realidad natural y cósmica. El conocimiento de la naturaleza y de sí mismo como su parte integral nos llevará, por el camino de la evolución cósmica, a la recuperación de la unidad fundamental perdida. Entonces “...el hombre enlazará la máxima autonomía y libertad con la máxima plenitud de ser y, en lugar de perderse en el mundo, lo aprehenderá más bien junto a la totalidad infinita de sus fenómenos, dentro de sí, y lo someterá a la unidad de su razón.”²³

NOTAS

- 1 René Descartes, *Discurso del método*, Aguilar, p. 91.
- 2 Whitehead, *Science and a Modern World*, Cambridge, 1932, p.70.
- 3 Tatariewicz Wladyslaw, *Historia de seis ideas*, Tecnos, Madrid, 1987, p. 332.
- 4 Spinoza B. *Ética*, Aguilar, p. 78.
- 5 Albert Béguin, *El alma romántica y el sueño*, FCE, México, p. 27.
- 6 Johann G. Herder, “Una metacrítica de la *Crítica de la razón pura*, en *Obra selecta*, ed. Alfaguara, Madrid, 1982, p. 415.

- 7 Albert Béguin, *op. cit.* p. 91.
- 8 Federico Schiller, *Sobre Gracia y Dignidad, Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*, Icaria, Barcelona, 1985, p. 85.
- 9 *Ibidem*, p. 68.
- 10 *Ibidem*, p. 85.
- 11 *Ibidem*, p. 92.
- 12 Albert Béguin, *op.cit.* p. 80.
- 13 Schiller, *op. cit.* p. 82.
- 14 *Ibidem*, p. 122.
- 15 *Ibidem*, p. 91.
- 16 *Ibidem*, p. 92.
- 17 *Ibidem*, p. 126.
- 18 Albert Béguin, *op. cit.*, p. 102.
- 19 Schiller, *Kallias y Cartas sobre la educación estética del hombre*, Anthropos , Barcelona, 1990.
- 20 *Ibidem*, p. 149.
- 21 Wiliam Diltthey, *Vida y poesía*, FCE, p. 209.
- 22 John Ruskin, *Las piedras de Venecia y otros ensayos sobre arte*, Icaria, Barcelona, 1961, p. 244.
- 23 Schiller, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 215.